

TEORÍA E INTERPRETACIÓN EN EL DISCURSO HISTÓRICO

MILTON ZAMBRANO PÉREZ*

RESUMEN

En este ensayo el autor analiza la importancia de la teoría en el proceso de construcción del discurso histórico. Así mismo, estudia las características que asume la interpretación en su elaboración como un ingrediente fundamental. Igualmente, destaca el papel de las fuentes como medios que le otorgan un carácter de verosimilitud a los asertos que el investigador produce sobre el pasado. A partir de este punto, Zambrano Pérez critica las exposiciones del posmodernismo historiográfico que no le conceden ningún estatuto científico a la historiografía, alineándose con todos los que defienden a la historia como una importante forma de conocimiento de la sociedad.

Palabras clave

Historia, Discurso histórico, Ciencia, Teoría, Interpretación, Posmodernismo historiográfico.

ABSTRACT

In this essay, the author discusses the importance of theory in the construction process of historical discourse. Also, he studies the characteristics assumed by the interpretation in the preparation of that speech as a fundamental ingredient of itself. It also highlights the role of media sources as a character that gives credibility to the assertions that the researcher produces about the past. From this point, Perez Zambrano criticizes the historiographical postmodernism exposures, that do not grant any scientific status of historiography, siding with those who defend history as an important form of knowledge in society.

Keywords

History, Historical discourse, Science, Theory, Interpretation, Historiographical postmodernism.

Recibido: Febrero 9 de 2012

Aceptado: Marzo 8 de 2012

* Docente investigador Universidad del Atlántico.

El uso especial de la teoría dentro de la investigación histórica

La teoría es fundamental en el proceso de construcción del discurso histórico. Podría decirse que el utillaje conceptual empleado por el historiador define el carácter de la investigación que realiza y sus resultados. Porque las teorías explicativas que suele usar pueden ser diferentes a las utilizadas por otros autores que funcionan bajo el influjo de otro paradigma y porque tales diferencias inciden sobre el modo como se interpretan los problemas estudiados, determinando decisivamente el contenido de la representación elaborada.

Lo anterior quiere decir que un mismo objeto de estudio soporta múltiples interpretaciones debido a que las categorías, modelos o teorías que usan los historiadores pertenecientes a corrientes de pensamiento opuestas o disímiles permiten la construcción de resultados distintos por la producción de sentidos que no significan lo mismo a pesar de tener su origen en un mismo objeto de estudio. La muerte de Jorge Eliécer Gaitán, por ejemplo, no es interpretada de la misma manera por todos los historiadores, por cuanto su horizonte teórico-metodológico y su perspectiva disímil los induce a proponer diversas soluciones o sentidos para explicar ese magnicidio.

Aquí uso el término teoría en un doble sentido: a) Como el conjunto de modelos o categorías empleadas por

el historiador para interpretar los procesos relacionados con un problema, es decir, como el bagaje conceptual acumulado en las tradiciones intelectuales en las que se mueve el investigador, las cuales funcionan como creaciones abstractas ideadas para nominar o nombrar fenómenos o procesos sociales o para hacer inteligibles estos agrupándolos en una categoría o modelo. El concepto *clase social* puede entenderse como una categoría histórica que sirve para nominar un elemento de un entramado más denso. En tanto que el modelo *estructura* sirve para analizar aspectos interrelacionados de una sociedad, en el cual podría incluirse la categoría *clase social*. En el primer caso tenemos en cuenta un concepto relativamente simple, pero en el segundo (el modelo estructura) acudimos a uno mucho más complejo para interpretar asuntos sociales.¹

b) El segundo sentido del término teoría se relaciona con lo que en las Ciencias Naturales llaman teoría científica propiamente dicha, es decir, aquellas elaboraciones abstractas que resultan de la verificación o comprobación de las hipótesis mediante observaciones o experimentos dentro y fuera del laboratorio o de aquellas

1. Este problema cabe en lo que algunos especialistas llaman la "materia de la metodología de la historia" o en la teoría de la historia. Ver: Heller, Agnes (1997). *Teoría de la historia*. Barcelona, España: Editorial Fontamara. Topolsky, Jerzy (1985). *Metodología de la historia*. Madrid, España: Ediciones Cátedra, pp. 36 y ss.

teorías globales que sirven para plantear predicciones del tipo de las que se hacen en la física, como las que esbozó Einstein en el marco de la teoría de la relatividad que luego fueron observadas o verificadas por los físicos contemporáneos. Tales teorías sirven para explicar un conjunto de procesos o fenómenos partiendo de un presupuesto conceptual que determina el sentido de los resultados de la investigación. Y pueden consolidarse o eliminarse en función de los avances de los conocimientos científicos.

Dentro de la historiografía es imposible utilizar teorías explicativas de carácter predictivo, puesto que los historiadores no se ocupan del futuro o del puede ser sino del pasado. Ni siquiera existe la libertad dentro de la historia de actuar como lo hacen los economistas que influyen sobre eventos futuros con teorías que aplican en el presente, como las que provocan cambios en la oferta o la demanda al convertirse en políticas económicas aplicadas por los gobiernos. A pesar de estas limitaciones, los historiadores sí utilizan teorías para explicar procesos del desarrollo social.

Si se revisan las tradiciones intelectuales que han influido en el desarrollo de la historiografía se verá de inmediato que lo teórico prefigura el doble sentido que le estoy dando a lo que llamo la teoría. Es decir, el de categorías simples o modelos que predeterminan la investigación histórica y el de teorías explicativas forjadas en

el marco de las diversas corrientes de pensamiento histórico o de paradigmas fundacionales. El positivismo, el marxismo o Annales muestran esa combinación resaltada aquí. Eso aparece muy claro en las obras teórico-metodológicas de Langlois, Vilar o Duby, por mencionar algunos autores de estas tres vertientes del pensamiento histórico.²

El desarrollo contemporáneo de la historia permite asegurar que sin teoría es imposible construir discurso histórico, al menos en la forma como lo conocemos hoy. Porque sin ese utillaje no se pueden tramar nuestros relatos del modo como ahora se hace. Para explicar los contextos sociales del pasado es necesario tomar en cuenta categorías históricas como acontecimiento, coyuntura o estructura o definir un marco teórico que nos permita entender aspectos relacionados con la economía, la política o lo simbólico.

La teoría dota al investigador de unas herramientas fundamentales para nombrar fenómenos o procesos, para ordenar los resultados de las pesquisas o para explicar los cómo y los

2. Una sencilla y clara exposición sobre este aspecto en función de las “etapas de la historia como modo de conocimiento” puede leerse en: Vilar, Pierre (1988). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. México D.F.: Editorial Crítica, pp. 27 y ss. Remito también a mi ensayo inédito *Clases sociales, estratificación social y cacicazgos: una discusión teórica del papel de las categorías, modelos y teorías en el marco de la creación de historia*.

porqués en la formación o transformación de los contextos. Por este hecho observable en cualquier proceso investigativo es posible concluir que la teoría no es solo una guía para la acción investigativa, sino que sin teoría no puede haber investigación bajo los parámetros de la historiografía contemporánea.³

La teoría es uno de los principales fundamentos de la interpretación histórica. Sin ella es imposible explicar o entender qué sucedió, cómo sucedió y por qué sucedió algo en el pasado. Esa interpretación se produce atendiendo siempre a unos modelos, a unas categorías o teorías que el historiador aprende a lo largo de su proceso formativo o que construye apoyado en su propia experiencia de investigación.

La interpretación en la historia

La historia tiene un fuerte componente interpretativo porque es elaborada por sujetos que procesan una perspectiva, una visión, interactuando con su presente. Esa perspectiva o punto de vista se nutre de lo teórico y de las demás experiencias intelectuales o existenciales que acumula el investigador histórico a lo largo de su vida. Es decir, cuando el historiador construye un objeto de estudio y se acerca a unas fuentes para formular preguntas

y resolver problemas lo hace siempre en posesión de métodos, técnicas y teorías y de experiencias vitales que predeterminan su manera de interpretar los datos que localiza en los documentos. Esa capacidad interpretativa también es importante en la elaboración de la síntesis histórica, es decir, en la preparación de los resultados investigativos que asumen la forma de libros, ensayos de revista o cualquier otro formato.⁴

Al explicar o entender los contextos o acontecimientos que estudia, el historiador proyecta su propia subjetividad; primero lo hace dialogando con las fuentes o haciendo la crítica interna y externa de estas; luego interpreta los procesos, las formas de pensar o de vida de quienes fueron los habitantes del pasado en su afán por construir una representación intelectual acerca de ellos que sirva de base a la narración histórica. Por lo dicho (y sea cual sea el nivel o la orientación ideológico-política del investigador histórico), siempre que se elabora discurso histórico se lo hace desde una perspectiva, con unos métodos, técnicas y teorías que resultan ineludibles en el ejercicio investigativo.

A pesar del papel tan destacado que ocupa la interpretación en el plano de la narración histórica contemporánea,

3. En la formación de la historia como disciplina científica es fundamental el rol de la teoría. Véase: Noiriel, Gérard (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid, España: Frónesis-Cátedra, pp. 51 y ss.

4. En este trabajo se asume el punto de vista hermenéutico de interpretación del lenguaje o del discurso. Ver: Garagalsa, Luis (1990). *La interpretación de los símbolos*. Barcelona, España: Editorial Anthropos, pp. 9 y ss.

cabe plantear un interrogante: ¿es la historia solo interpretación? Esta pregunta ha dado lugar a un debate de fondo, sobre todo en Europa y los Estados Unidos.

En un Congreso Nacional de Historia realizado en Bucaramanga, esta discusión se planteó en una Mesa de Debate, y recuerdo que un historiador de la U.I.S. emitió un agudo grito, que casi parecía la voz de victoria de un boxeador después de efectuado un combate de boxeo. Lo que salió de su cansada garganta de moderador de mesa, podría expresarse casi literalmente de la siguiente manera: “¡la historia es solo interpretación!”.

Recuerdo también vivamente (esta vez en Medellín, en otro Congreso Nacional), cómo algunos destacados investigadores de trayectoria consolidada se levantaron contra la ola posmoderna que relativizaba los asertos del conocimiento, ponía a tambalear los meta-relatos y los paradigmas en crisis a finales de los años 90 y hasta, según ellos, colocaba en riesgo de desaparecer a las llamadas Ciencias Sociales y a la misma historia.

A quienes creíamos y creemos en la importancia de la historia regional y local para fundamentar mejor la historia del país, se nos miraba con cierto recelo porque, erróneamente, pensaban los defensores del momento que nuestro trabajo era una consecuencia del impacto posmoderno que producía furor en otros lugares. Dicho mie-

do no tenía razón de ser, por dos razones principales: en primer lugar, porque quienes incursionábamos en esa forma de hacer historia no teníamos ni idea de lo que era posmodernismo historiográfico; y, en segundo término, porque el oleaje de la historia regional y local venía de muy atrás, en Colombia y otros países de América Latina.

He traído a colación estas dos anécdotas para mostrar cómo cambian los tiempos. A finales de los años 90 del siglo anterior existía más o menos un consenso entre los historiadores del país acerca de la necesidad de defender las cualidades del discurso histórico (y, en general, de las disciplinas sociales o humanísticas) en contra de los probables estragos que podría ocasionar el posmodernismo historiográfico. Pero ya entrado el siglo XXI, tal consenso desaparece y se presenta, en consecuencia, un fraccionamiento en las posiciones que, afortunadamente, no ha provocado las devastadoras catástrofes que algunos colegas presagiaban.

La prueba de esto es que se sigue trabajando en todos los rincones del país y los resultados de las investigaciones no solo han mejorado en relación con otras épocas, sino que le han puesto muy poca atención a los problemas teórico-metodológicos (y, más concretamente, epistemológicos) que planteó el desafío posmodernista. Cabe preguntarse por qué esto ha sido así. La respuesta es compleja, vario-

pinta y muy difícil de resumir en un ensayo como este.

Pero, al menos, hay que atreverse a plantear algunas hipótesis que nos permitan explicar el fenómeno. Se me ocurre creer que en este caso ha sucedido lo que casi siempre ocurre en Colombia: todo nos llega tarde, especialmente los grandes debates que atañen a nuestro oficio. Y no solo llegamos a destiempo a los debates internacionales sino que tendemos a polarizar nuestras posiciones aun sin conocer a fondo la esencia de lo que se discute: o nos vamos de frente con la moda, en muchos casos sin digerir con calma el nuevo alimento, o nos oponemos a ella porque nos parece un plato demasiado exótico que nos puede atrofiar la digestión.

Pero quizás lo más lamentable (al menos eso es lo que se ve claramente en la costa Caribe) es que ni siquiera las ideas que ponen en entredicho nuestra forma de conocimiento han merecido la atención requerida entre los especialistas del oficio. Aquí es bueno lanzar otra hipótesis atrevida, más como provocación para incitar al debate que como estrategia de esclarecimiento: muchos de nuestros colegas viven todavía en el paraíso perdido de pensar que el historiador debe abstenerse de razonar filosóficamente, de introducirse en las profundas discusiones epistemológicas que incluyen a la historia, de reflexionar teóricamente acerca de la naturaleza de nuestro ofi-

cio y de ahondar en las debilidades y fortalezas de nuestros discursos.

Con esta actitud (que a veces se recubre con una falsa arrogancia o con una displicencia hija del desconocimiento) castran la posibilidad de convertirse en auténticos pensadores, conformándose con su papel de artesanos inhaladores de polvo y de bacterias. No voy a desconocer que en cierto sentido somos artesanos, pero también deberíamos poseer la categoría de artistas de la cultura más exigente.

Como dijera Georges Duby,⁵ nuestro sueño dirigido no es cualquier clase de sueño, porque no resulta de una explosión caótica de un cerebro calenturiento o patológicamente deteriorado, sino de una razón actuante, metódica, disciplinada y clara que debe saber cómo hace lo que hace, por qué nuestro trabajo es así y no de otro modo, cuáles son sus virtudes, cuál su aporte y utilidad para el conocimiento, la vida humana y, obviamente, entender sus problemas, dificultades y limitaciones.⁶

Artesanos sí, pero de los buenos; artistas también, pero sobre todo pensadores nutridos con lo mejor del conocimiento social, porque como atinara

5. Duby, Georges (1988). *Diálogo sobre la historia*. Madrid, España: Alianza Editorial, pp. 37 y ss.

6. Estas son algunas de las conclusiones que se desprenden de analizar los diálogos sostenidos por Braudel y otros historiadores alrededor de la obra de este gran historiador. Véase: Braudel, Fernand (1994). *Una lección de historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

a decir Fernand Braudel,⁷ el carácter bulímico, glotón, del quehacer historiográfico necesita de intelectuales persuadidos de deglutir todo cuanto sea útil para construir discursos (nuestras historias) con criterio crítico, sin entrega gratuita a nadie por más autoridad intelectual que posea, pero también lejos del fundamentalismo de cualquier color, hasta de aquel que suele adornarse con los ropajes floridos de las denominadas Ciencias Sociales.

Con lo que acabo de decir se podría entender un poco mejor por qué los defensores a ultranza del anti-posmodernismo historiográfico sostienen un punto de vista conservador y timorato pues, quizás, el temor a las arenas movedizas los incapacita para vislumbrar lo positivo de la discusión internacional de los meta-relatos, de los viejos paradigmas decimonónicos o del siglo XX; ese terror a lo nuevo les encarcela el ánimo para entender que el debate epistemológico y metodológico planteado por los mal llamados teóricos posmodernistas hay que enfrentarlo con las luces que nos brindan otras disciplinas y con las propias que se derivan de nuestro quehacer.

¿Quiénes deberían estar mejor preparados que nosotros para afrontar la discusión teórico-metodológica acerca de los fundamentos de nuestra

disciplina? Nadie, indudablemente, pues sentimos en carne propia lo que se sufre y se goza tramando nuestras historias, hilvanando con esfuerzo los relatos que le dan sentido a esta manera de conocer la vida humana en sociedad.

Pero aquel grito desgarrado del moderador de mesa en el Congreso ya aludido es, a mi parecer, a una nueva forma que asume la moda internacional del momento, que algunos abrazaron como su nuevo credo, como un nuevo modo del ser fundamentalista, de aquella personalidad que se cree poseedora de la verdad absoluta, ahora enmascarada con el relativismo epistemológico más grosero y abusivo. ¿Es la historia solo interpretación como lo exhaló a voz en cuello nuestro exaltado individuo? Ni siquiera Hayden White⁸ se atrevió a llegar tan lejos, porque, prudentemente, se detuvo antes de saltar al acantilado turbulento del relativismo más absurdo, que suele negar hasta la posibilidad del conocimiento, mirando los relatos desde una perspectiva simplista.

En nadie que se respete dentro de la intelectualidad internacional encontramos una expresión tan ligera y parcialmente falsa. Nietzsche⁹ (qui-

7. Braudel, Fernand (1990). *La historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, España: Alianza Editorial, p. 75.

8. White, Hayden (2001). *Metahistoria*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 13 y ss.

9. Nietzsche, Federico (1996). *La voluntad de poderío*. Madrid, España: EDAF, pp. 32 y otras. De este filósofo puede leerse como trabajo con epicentro en la historia, "De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida", *Obras Completas*, Aguilar, 1966.

zás el padre putativo del lenguaje mal llamado posmoderno en el ámbito de la filosofía, la estética y la ciencia) se expresó muy mal de la mayor parte de los historiadores de su tiempo, pero supo reconocer la importancia, la utilidad práctica de la historia, de una historia crítica sobre la cultura y la sociedad, que para él era sobre todo genealogía.¹⁰ Nunca desconoció su estatus epistemológico y su trascendencia como forma especial de conocimiento necesario para la vida humana, para liberarla de las ataduras represoras de la voluntad de poder, abogando por una voluntad de vivir cada vez menos esclavizada.¹¹

Michel Foucault tampoco niega en sus importantes obras¹² el valor del conocimiento histórico, muy a pesar de ponerle la lupa para criticar duramente sus presupuestos teórico-metodológicos y cuestionar la validez de sus asertos como verdades objetivas que, paradójicamente, intentan representar un objeto real ya inexistente. Podríamos extender la lista hasta llegar a Popper,¹³ Croce,¹⁴ Collingwood,¹⁵

Lyotard,¹⁶ Derrida,¹⁷ entre otros, y nunca encontraremos una expresión tan parcial y ligera como la de nuestro coordinador de mesa.

La historia como forma de conocimiento

Parece mentira pero a estas alturas del análisis debemos hacernos la pregunta del título del libro de un historiador inglés muy conocido en Colombia: ¿Qué es la historia?¹⁸ ¿Es la historia pura interpretación? No responderé de inmediato a este interrogante central, pues daremos un rodeo que nos ayudará a entender un poco más la problemática.

Trataré de explicar qué es y qué no es la historia, aunque esto represente llover sobre mojado. La historia no es sinónimo del concepto pasado, pues como el pasado no existe tampoco la historia existiría. No hay nada que se parezca a lo que Pierre Vilar¹⁹ llama historia-materia, es decir, el conjunto de hechos masivos que aguardan las preguntas del historiador. Tampoco existe la “historia objetiva”²⁰ que pretendieron vendernos algunos historiadores positivistas decimonó-

10. Foucault, Michel (1997). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-textos, España: Valencia.

11. Nietzsche, Federico (1995). *Humano, demasiado humano*. Madrid, España: M.E. Editores, pp. 13 y ss.

12. Foucault, Michel (1989). *Las palabras y las cosas*. México D.F.: Siglo XXI Editores, p. 356.

13. Popper, Karl R. (1999). *La miseria del historicismo*. Madrid, España: Alianza Editorial. Véase también, *Búsqueda sin término*. Madrid, España: Editorial Tecnos, 1994.

14. Croce, Benedetto (1919). *La historia subsumida bajo el concepto general del arte (La storia ridotta sotto il concetto generale dell' arte)*. Bari, Italia: Primi Saggi.

15. Collingwood, R. G. (1988). *Idea de la historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

16. Lyotard, Jean-Francois (1994). *¿Por qué filosofar?* Barcelona, España: Ediciones Altaya.

17. Derrida, Jacques (1967). *La escritura y la diferencia*. Barcelona, España: Anthropos.

18. Carr, Edward H. (1998). *¿Qué es la historia?* Barcelona, España: Editorial Ariel.

19. Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Op. cit., pp. 43 y ss.

20. Noiriel, Gérard. *Sobre la crisis de la historia*. Op. cit., p. 74.

nicos, ni en el sentido de historia su-
puestamente imparcial ni en el de una
representación cuasi-automática de lo
que “realmente sucedió”, aplicando la
famosa y rebatida teoría del reflejo.²¹

Si la historia no es el pasado y tam-
poco es una interpretación que busca
reflejar lo que realmente ocurrió...
entonces, ¿qué es la historia? Parece
de Perogrullo decirlo pero hay que
plantearlo así, sencillamente: la histo-
ria es solo una disciplina, una forma
de conocimiento que nos ayuda a en-
tender mejor la dinámica y las proba-
bles invariantes de las sociedades en
el tiempo. Como tal, es únicamente
lo que Vilar denomina historia-cono-
cimiento o, lo que es lo mismo, una
representación científica de los proce-
sos o fenómenos que pensamos ocu-
rrieron en el pasado.

Esta es la única manera de existencia
de la historia: una forma de conocer,
de construir saberes, que posee sus
propias características teóricas, téc-
nicas y metodológicas, por más que
estas procedan de la influencia de las
ciencias y de las propias disciplinas
humanas. La historia es discurso, re-
lato o texto, como suele destacarse
por algunos analistas. Pero no es un
discurso cualquiera, pues goza de la
pretensión de elaborar verosimilitu-
des o certezas acerca de lo que se cree
ya sucedió.

Es un relato fundado y no fundado
en fuentes, como anotara Jerzy To-
polsky.²² Sin las fuentes (recuerden lo
planteado por los viejos teóricos po-
sitivistas) es imposible hacer historia,
en la perspectiva que aquí se expresa.
Fuentes no solo escritas, sino vivas,
monumentales o de cualquier otro
tipo. En algún sentido el investigador
es también su propia fuente, ya que
aporta a la obra su talento, cosmovi-
sión, ideología o los propios recursos
que le entrega la profesión, los cua-
les se han vuelto carne de su carne y
sangre de su sangre; esta es la porción
subjetiva, no basada en fuentes, que
compone el relato aun en el caso de
que el autor no tenga conciencia de
ello.

Y la historia no es un diálogo entre el
pasado y el presente, como lo plan-
teó Edward H. Carr,²³ porque, como
ya quedó dicho, el pasado no existe
y el presente es una ilusión que po-
demos reducir al mero instante. La
historia es, tan solo, un diálogo entre
el historiador y sus fuentes, entre los
vestigios, las huellas que nos dejó el
tiempo, la sociedad, y la razón o sin-
razón actuante del creador histórico;
es, también, un diálogo a veces neu-
rótico del autor consigo mismo o con
sus pares.

21. Schaff, Adam (1974). *Historia y verdad*. México
D.F.: Editorial Grijalbo, p. 81.

22. Topolsky, Jerzy. *Metodología de la historia*. Op.
cit., pp. 298 y 309.

23. Carr, Edward H., *op. cit.*, p. 76.

El componente objetivo de la historiografía

Lo expresado anteriormente no debe llevarnos a creer que la historia es simple interpretación de los vestigios y de los supuestos hechos históricos. Sin caer en las simplezas de la teoría del reflejo, tampoco es viable lanzarse al abismo propuesto por los relativistas posmodernos. Porque no está permitido decir cualquier tontería en historia, aunque ella, lamentablemente, está llena de tonterías.

Todos los discursos, por el simple hecho de serlo, no merecen el mismo estatus. No es lo mismo escuchar a un especialista en historia hablando de sus temas que oír a un zapatero haciendo alusiones a nuestra labor (con todo el respeto que debemos tener por su profesión y por la persona que la ejerce). Su lenguaje, su perspectiva específica, aunque sea un texto interesante y válido desde la visión deconstructiva, desde el enfoque des-centralizante y anti-fundamentalista de un Derrida, nunca puede equipararse al del especialista, aún menos si se trata de uno con trayectoria y habilidad en el manejo de los temas y problemas de la historia.

Poner en el mismo nivel la expresión, el texto, de una admiradora de Madonna y de un destacado nacionalista puertorriqueño que se refiere a asuntos de Puerto Rico es, quizás, agradable desde el ángulo retórico por cuanto estimula nuestra risa, pero no

pasa de ser una tontería, una ligereza con la que se pretende desconocer los fundamentos del conocimiento, la diferencia central que existe entre los diversos modos de mirar el mundo, de conocer o interpretar la vida (el libro donde aparece este dato se llama *Nación postmortem* y fue escrito por Carlos Pabón,²⁴ contra el fundamentalismo nacionalista; sobra decir que mucho de lo planteado por este autor posmoderno es, por lo demás, certero y está bien dicho).

Pero la historia no es solo interpretación porque sostener eso implicaría negar la posibilidad de que algo que ya no está estuvo, y de que la sociedad no siempre ha sido la misma, es decir, ha mutado, cambiado, para bien o para mal. O sea, sería como negar en absoluto el intento de conocer (mediante los vestigios, las huellas que nos lega siempre lo que ya no es) los contornos, aunque sean exiguos, de lo sólido que ya se desvaneció, para construir hechos históricos con cierto grado de verosimilitud o de certeza. Este es un asunto central en el debate contemporáneo con el posmodernismo historiográfico, que no por acertar en muchos asuntos relacionados con la teoría del conocimiento, deja de tener sus inconsistencias.

Como lo sostiene Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, requerimos de

24. Pabón, Carlos (2002). *Nación postmortem*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón, pp. 17 y otras.

un mínimo referente objetivo²⁵ para construir discursos históricos, que no están en el pasado sino en las fuentes que orientan ese “sueño controlado”,²⁶ aterrizado, que es la historia. Si la historia fuera puro discurso especulativo, mera interpretación fruto de una perspectiva organizada en la mente de un historiador que vive en el presente, prescindiríamos sin recato de los elementos que heredamos del pasado, y caeríamos en un burdo presentismo negador hasta de la posibilidad de conocer a través de indicios y de elaborar o construir relatos imaginativos y verosímiles, sobre lo que creemos ocurrió.

Independientemente de las diferencias interpretativas incluidas en cada historia (las cuales relativizan los resultados) hay hechos que tramar; y estos no pueden establecerse de cualquier modo, sino acudiendo al espíritu inquisidor que aprendemos de la mejor ciencia y a unos referentes objetivos que establecen límites a lo que podemos expresar.

De tal manera que nos resulta imposible decir que el río Magdalena es azul y que, en el período colonial, sus aguas eran surcadas por submarinos nucleares pertenecientes al ejército

alemán. Debemos ceñirnos a unos datos, a unas fuentes que nos constriñen; y acudir a teorías, métodos y técnicas para enhebrar el discurso, teniendo siempre como referentes objetivos la información que nos aportan las fuentes orales o los jeroglíficos y rompecabezas que encontramos desperdigados en múltiples unidades de información.

Hay que hilvanar la historia —establecer los hechos, dirían Carr, Vilar o Topolsky— con la pretensión implícita de producir un discurso con cierto grado de verosimilitud, de certeza o, si se quiere, de verdad. No podemos plantear acerca de cualquier tema o problema del pasado lo primero que se nos ocurra. La escritura o elaboración de la historia es un sueño controlado por dos grandes diques direccionales: las armas y estrategias teórico-metodológicas de la especialidad (que incluyen las categorías o paradigmas, los modelos teóricos o las simples técnicas) y el pesado fardo de las fuentes, que es pertinente criticar para “establecer los hechos”.

En consecuencia, los hechos históricos son el resultado de las habilidades interpretativas del historiador, de la capacidad subjetiva de este como creador de un texto, pero también de unos datos que es imposible falsear, a menos que queramos que una jauría nos caiga encima mediante la crítica inter-subjetiva. Por esto la historia no es solo interpretación (vale decir, subjetividad historiadora) sino hechos

25. Ginzburg, Carlo (1997). *El queso y los gusanos*. Barcelona, España: Muchnik Editores, pp. 9 y ss. Sobre este problema teórico-metodológico, véase Serna, Justo y Pons, Analet (2000). *Cómo se escribe la microhistoria*. Madrid, España: Ediciones Cátedra, pp. 133 y passim.

26. Dubby, Georges, *op. cit.*, p. 44.

que vamos estableciendo poco a poco, acerca de los cuales caben, a veces, muy pocas interpretaciones válidas.

La historia no es un reflejo de lo que “realmente ocurrió”, como ingenuamente creían algunos positivistas decimonónicos. El marxismo, Annales, el presentismo y lo que hoy mal llamamos posmodernismo historiográfico, nos hicieron perder la arrogancia –y también la inocencia– con respecto a las potencialidades de nuestro discurso y a lo que representa.

Pero la historia como proyecto intelectual y como los frutos de ese proyecto es mucho más que la inquietud imaginativa o discursiva de un sujeto: es una manera de pensar útil para conocer la vida, una forma racional de penetrar en las entrañas de la sociedad, las cuales, en definitiva, son nuestras propias entrañas.

Por más que los sentidos nos traicionen, por más habilidad que tenga nuestro cerebro para engañarnos, resulta imposible decir cualquier barbaridad sobre cualquier cuestión que creemos ocurrió en el pasado. Los datos, los referentes objetivos de nuestro sueño controlado, transforman las aguas del río Magdalena de azules en marrones o amarillentas y los submarinos nucleares alemanes en canoas, champanes o embarcaciones menores que surcaron sus aguas con gente, animales y mercadería que venían o iban de Europa a América en un periodo que convenimos en llamar de la

dominación colonial española de este territorio.

Negar la posibilidad de establecer unos hechos verosímiles con el argumento de que todo discurso histórico es solo interpretación, es negar, en teoría, un acercamiento inteligente y siempre tentativo a lo que ya no tenemos en el instante existencial humano; es, quizá, caer en un relativismo extremo que todo lo reduce al discurso, al texto, a la imagen o representación mental de objetos que no fueron o no son al margen de nuestra ideación o percepción; es llegar a un relativismo radical que, llevado al extremo teórico, solo concibe la existencia de uno mismo.

Si todos los discursos son igual de válidos por poseer la categoría de tales, ¿a dónde lanzamos la ciencia?, ¿qué lugar ocupa la historia como forma genuina de conocimiento? Bien miradas las cosas, con esta actitud pseudoepistemológica negamos hasta la posibilidad de construir conocimientos útiles que hoy, por ejemplo, a través de la física y otras ciencias, le están cambiando la cara al mundo.

Y, para colmo, la historia termina equiparada a los ejercicios literarios donde solo la imaginación interpretativa hace su nicho. Ya en otros países esta idea, de clara influencia posmoderna, ha cobrado mucho espacio. En Estados Unidos, para citar un caso, estudiantes de Literatura y hasta de Historia me decían que por qué tanto

complice con la Historia si eso era puro cuento, pura carreta inventada por los historiadores. En Colombia, la impresión más notable me la dio aquel coordinador de una mesa de debate con su grito que casi parecía un canto bullanguero: “¡la historia es solo interpretación!”.

Bibliografía

Braudel, Fernand (1994). *Una lección de historia*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Duby, Georges (1988). *Diálogo sobre la historia*. Madrid: Editorial Alianza.

Garagalsa, Luis (1990). *La interpretación de los símbolos*. Barcelona: Editorial Anthropos.

Heller, Agnes (1997). *Teoría de la Historia*. Barcelona: Editorial Fontamara.

Vilar, Pierre (1988). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. México: Editorial Crítica.